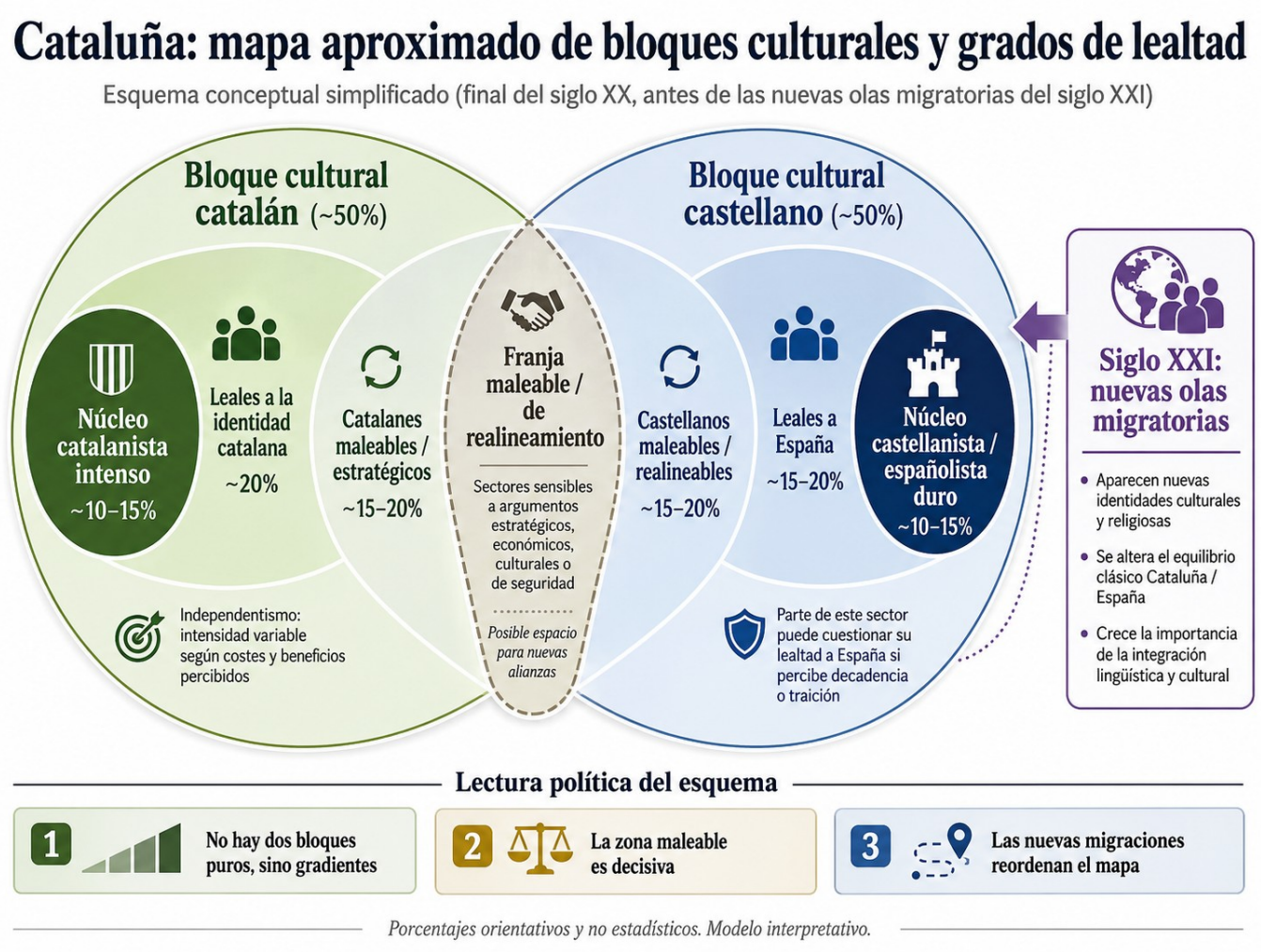
Los grises de Cataluña y la nueva alianza nacional catalana


Cataluña: mapa aproximado de bloques culturales y grados de lealtad
Esquema conceptual simplificado (final del siglo XX, antes de las nuevas olas migratorias del siglo XXI)
Bloque cultural catalán (~50%)
Bloque cultural castellano (~50%)
Núcleo catalanista intenso ~10–15%
Leales a la identidad catalana ~20%
Catalanes maleables / estratégicos ~15–20%
Franja maleable / de realineamiento
Sectores sensibles a argumentos estratégicos, económicos, culturales o de seguridad
Posible espacio para nuevas alianzas
Castellanos maleables / realineables ~15–20%
Leales a España ~15–20%
Núcleo castellanista / españolista duro ~10–15%
Independentismo: intensidad variable según costes y beneficios percibidos
Parte de este sector puede cuestionar su lealtad a España si percibe decadencia o traición
Siglo XXI: nuevas olas migratorias
Aparecen nuevas identidades culturales y religiosas
Se altera el equilibrio clásico Cataluña / España
Crece la importancia de la integración lingüística y cultural
Lectura política del esquema
1 No hay dos bloques puros, sino gradientes
2 La zona maleable es decisiva
3 Las nuevas migraciones reordenan el mapa
Porcentajes orientativos y no estadísticos. Modelo interpretativo.

Entre el blanco y el negro hay grises. Y si hablamos de Cataluña, entender esos grises no es moderarse: es entender dónde puede ganarse una batalla nacional.

Durante buena parte del final del siglo XX, Cataluña quedó estructurada sobre dos grandes matrices culturales: una población culturalmente catalana y una población culturalmente castellana. No eran dos bloques absolutamente cerrados, pero sí dos mundos suficientemente reconocibles: lengua, memoria familiar, afectos, referencias simbólicas y relación con el territorio.

Después del franquismo y de las grandes olas migratorias procedentes del resto de España, Cataluña quedó partida, más o menos, entre esos dos grandes polos. Una Cataluña culturalmente catalana y una Cataluña culturalmente castellana. La segunda no llegó sin cultura propia: arrastró la lengua castellana, la memoria española, sus lealtades y sus reflejos nacionales. Y esa cultura, instalada masivamente en un territorio históricamente catalán, compitió inevitablemente con la cultura propia del país.

Pero la cuestión decisiva es que dentro de cada bloque hay grados.

En el lado catalán existe un núcleo de máxima intensidad nacional. Se les puede llamar fanáticos, si se quiere, pero el término no debe entenderse aquí como insulto. Al contrario: toda nación que quiera sobrevivir necesita una minoría de máxima intensidad, una vanguardia que no negocie lo esencial, que no se avergüence de existir y que no pida perdón por defender la continuidad del país. Son los catalanes que no solo quieren hablar catalán, sino que quieren que Cataluña siga siendo catalana. Los que no solo quieren una autonomía cómoda, sino una nación soberana. Los que entienden que sin conflicto no hay preservación.

Ese núcleo catalanista duro no es un problema: es una reserva moral. Es lo que impide que la nación se convierta en folclore, en museo o en simple administración regional.

Alrededor de ese núcleo hay una franja más amplia de catalanes culturalmente leales a Cataluña. Gente que vive el catalán como lengua propia, que entiende Cataluña como nación y que, en principio, simpatiza con la independencia o con una soberanía fuerte, aunque no siempre esté dispuesta a asumir todos los costes del choque político. Son leales, pero no necesariamente combatientes.

Y después aparece una zona más maleable: catalanes de cultura, lengua o ambiente catalán que pueden oscilar según las circunstancias. Pueden apoyar la independencia si perciben beneficio económico, dignidad colectiva o una oportunidad histórica; pero pueden enfriarse si el precio sube demasiado. No son el centro espiritual de la nación, pero sí forman parte del campo catalán.

En el otro lado ocurre algo parecido, aunque no de forma simétrica. Hay un núcleo españolista duro, a menudo hostil no solo al independentismo, sino a la propia realidad cultural catalana. Es el que vive en Cataluña pero desprecia el catalán, ridiculiza la cultura propia del territorio y convierte la convivencia en una ocupación moral. El “putos catalanes” o el “Cataluña es una nación inventada”, dicho desde dentro de Cataluña, resume mejor que cualquier teoría esa patología política: vivir en un país y no solo odiar la cultura que lo hace reconocible, sino negarle incluso la condición de nación.

Junto a ese núcleo existe una franja culturalmente castellana y leal a España, pero no necesariamente agresiva. No se identifica nacionalmente con Cataluña, no ve el catalán como lengua propia y no se siente parte de una nación catalana, pero tampoco vive cada expresión de catalanidad como una provocación. Es españolismo sociológico, heredado, ambiental.

Y luego está la franja más interesante: la población culturalmente castellana pero políticamente maleable. Personas que, por familia, lengua o ambiente, jamás se habrían planteado adoptar Cataluña como identidad nacional preferente, pero cuya adhesión a España tampoco es sagrada. Su españolidad es práctica, heredada, cómoda. Mientras España parezca fuerte, ordenada y protectora, seguirán ahí. Pero si España se percibe como decadente, entregada, incapaz de defender nada y convertida en una maquinaria de disolución y explotación de la periferia en la que viven, esa lealtad puede empezar a romperse.

Ahí está la grieta.

La vieja Cataluña del siglo XX podía explicarse, de forma simplificada, como una tensión entre catalanidad y castellanidad. Pero la Cataluña del siglo XXI introduce un tercer factor: nuevas identidades migratorias, religiosas, lingüísticas y comunitarias que ya no encajan en el viejo eje Cataluña-España.

Y eso cambia completamente la partida.

Ya no se trata solo de saber si Cataluña será catalana o española. Se trata de saber si seguirá existiendo una Cataluña reconocible, con lengua propia, continuidad cultural, autoridad simbólica y capacidad de integrar sin suicidarse.

Aquí aparece una paradoja decisiva: parte de la población culturalmente castellana puede acabar sintiéndose traicionada por España. Porque España ya no ofrece grandeza, ni continuidad, ni orden, ni protección. España, desde que nace como Estado moderno borbónico, nace ya torcida: centralizadora, artificial, decadente, hostil a sus naciones internas y destructora incluso de Castilla, la nación que usurpó el Imperio hispánico. No salva Castilla: la utiliza. No integra Cataluña: intenta neutralizarla y disolverla. Y en su fase actual tampoco protege a los culturalmente castellanos de Cataluña ante una nueva fragmentación social.

España se ha convertido en una estructura que ya no defiende ni siquiera lo que dice representar.

Por eso una parte de los castellanos de Cataluña puede empezar a preguntarse: ¿qué sentido tiene aferrarse a una España que ya no defiende nada? ¿Qué sentido tiene permanecer fiel a una nación política que se entrega a la disolución demográfica, cultural y moral? ¿Qué sentido tiene seguir obedeciendo a una identidad que ya no protege ni lengua, ni orden, ni continuidad?

En ese vacío, Cataluña puede aparecer como refugio.

No para todos, evidentemente. No para el españolista duro que necesita negar Cataluña para afirmarse. Pero sí para sectores culturalmente castellanos que pueden descubrir que Cataluña, precisamente porque tiene una lengua que perder, una historia que defender y una existencia amenazada, es más creíble que España como proyecto de continuidad.

La credibilidad catalana no nace de la comodidad. Nace del conflicto. Cataluña es una nación de frontera, de lengua propia, de resistencia histórica y de afirmación frente a poderes exteriores. Y, además, tiene una credibilidad histórica frente al islam que España no puede reclamar del mismo modo.

España no puede hacerlo porque España, como Estado moderno, nace con los Borbones, mucho después de la guerra fundacional contra el poder islámico peninsular. La España contemporánea es una construcción estatal tardía, centralista y decadente. Cataluña, en cambio, tiene una génesis mucho más directamente vinculada a la frontera contra Al-Ándalus. Su formación histórica se entiende desde la Marca, desde la frontera carolingia, desde el avance, la repoblación y la afirmación de un espacio cristiano propio frente al islam político de su tiempo.

Cataluña es genéticamente —en el sentido de génesis, de origen— una nación antiislámica, porque su nacimiento histórico está ligado a la resistencia frente a una civilización política que ocupaba el sur y que marcó la frontera fundacional del país. Cataluña no puede entenderse sin esa frontera. España, en cambio, convierte esa historia en mito común cuando le conviene, pero carece de la misma limpieza genealógica: porque la España estatal moderna es borbónica, posterior, artificial y decadente.

Esa diferencia importa.

Cuando hoy se habla de islam político, de comunitarismo religioso, de barrios paralelos, de normas culturales incompatibles con la libertad occidental o de presión demográfica sobre naciones pequeñas, Cataluña puede hablar con más autoridad que España.

Y a esa credibilidad histórica se suma una credibilidad política actual. Figuras como Sílvia Orriols han ocupado un espacio que el viejo catalanismo abandonó: el de una Cataluña que no solo quiere liberarse de España, sino que quiere seguir existiendo como Cataluña. Lengua, orden, seguridad, frontera cultural, exigencia de integración y rechazo a la sustitución nacional. Ese discurso, guste o no, responde a una angustia real que el autonomismo, el progresismo y el independentismo oficial han preferido negar.

Pero hay otro tabú todavía mayor: la inmigración latina masiva.

España no puede hablar claramente de esto porque entra en contradicción consigo misma. El hispanismo necesita presentar la inmigración latinoamericana como una prolongación natural de España: misma lengua, supuesta comunidad cultural, “hermandad” sentimental. Por eso, para España, la inmigración latina masiva es mucho menos problemática simbólicamente que otras inmigraciones. La interpreta como expansión de la Hispanidad.

Para Cataluña, en cambio, el efecto puede ser letal.

Porque una inmigración masiva castellanohablante, aunque proceda de América y no de España, refuerza el mismo problema histórico: la sustitución lingüística y cultural del catalán por el castellano. Puede ser una inmigración más próxima en religión, costumbres o códigos occidentales que otras —pero también tiene un límite: tampoco nos pasemos—, pero desde el punto de vista nacional catalán agrava el desequilibrio básico: más castellano, más presión sobre la lengua catalana, más dificultad para hacer del catalán la lengua común, más facilidad para que Cataluña se convierta en una región hispánica más.

Ahí el catalanismo puede convertirse también en refugio contra la inmigración latina masiva. No contra cada persona concreta por su origen, sino contra el efecto político de una masa castellanohablante que, si no es asimilada a la catalanidad, acelera la desaparición social del catalán.

Esto es lo que España no puede decir. Y esto es lo que Cataluña sí debe decir.

Para España, el latinoamericano castellanohablante puede ser visto como continuidad hispánica. Para Cataluña, si no adopta el catalán y la lealtad al país, puede ser un factor más de sustitución nacional. No porque sea peor moralmente, sino porque llega ya instalado en la lengua dominante contra la que Cataluña lleva siglos resistiendo.

Por eso el catalanismo no debe limitarse a denunciar el islamismo político. También debe denunciar la hispanización demográfica, aunque venga envuelta en simpatía latina, música, cristianismo popular o retórica de hermandad. La nación catalana no desaparece solo por choque religioso. También puede desaparecer por simple inundación lingüística.

Y aquí vuelve la posible alianza inesperada.

Una parte de la población culturalmente castellana de Cataluña puede ver que España la ha traicionado. Que el Estado español no garantiza orden, no garantiza cohesión, no garantiza la prosperidad y el bienestar de las clases trabajadoras, no garantiza continuidad y no garantiza ni siquiera una idea fuerte de sí mismo. Puede descubrir que el catalanismo duro, al que quizá antes veía como enemigo, es el único proyecto que todavía habla de límites, pertenencia, lengua, autoridad cultural y futuro.

No se trata de que esos sectores se vuelvan catalanistas románticos de la noche a la mañana. Se trata de que, ante la disolución, pueden preferir una Cataluña fuerte a una España podrida. Pueden entender que una Cataluña catalana ofrece más orden, más

proximidad y empatía hacia la clase nativa, más identidad y más defensa del territorio que una España que solo administra su decadencia, como siempre ha hecho.

La nueva línea divisoria ya no será simplemente catalanes contra castellanos. Esa fue la vieja frontera del siglo XX. La frontera del siglo XXI será otra: quienes quieren una Cataluña con forma y quienes aceptan una Cataluña sin forma.

Una Cataluña catalana, con lengua propia, autoridad cultural y voluntad de continuidad.

O una Cataluña convertida en territorio de paso, mercado laboral barato, servicios sociales y públicos colapsados, infraestructuras al límite, vivienda insuficiente, periferia hispánica, mosaico comunitario y administración sin alma.

Ahí se decidirá todo.

El catalanismo que viene debe entender los grises, pero no para disolverse en ellos. Debe entenderlos para reorganizar el campo nacional. Debe saber distinguir entre el enemigo irreductible y el aliado posible. Entre el españolista hostil que odia Cataluña y el castellano desencantado que puede preferir una Cataluña fuerte a una España decadente. Entre el inmigrante que acepta ser catalán y el que solo viene a reproducir otra comunidad dentro del país. Entre integración y sustitución.

La conclusión es incómoda, pero clara: Cataluña puede convertirse en refugio nacional incluso para algunos que nunca fueron catalanistas. No porque el catalanismo se modere, sino porque se endurece. No porque renuncie a su núcleo más intenso, sino porque lo convierte en brújula. No porque esconda su historia, sino porque la reivindica.

Cataluña tiene algo que España ya no tiene: una causa concreta.

Tiene una lengua que salvar. Tiene una nación que preservar. Tiene una memoria de frontera. Tiene una credibilidad histórica contra el islam político que no nace de la propaganda, sino de su propia génesis. Tiene una razón objetiva para desconfiar de toda inmigración masiva no asimilada, incluida la latina, porque sabe que toda masa lingüística no catalanizada empuja al país hacia la desaparición.

Y tiene, sobre todo, una pregunta que España ya no sabe responder:

¿Qué queremos seguir siendo?

Si Cataluña responde con claridad, incluso algunos antiguos adversarios pueden acabar entendiendo que la única identidad capaz de ordenar el futuro no es la española, sino la catalana.

Porque cuando todo se disuelve, quien aún defiende una forma se convierte en refugio.

Y Cataluña, si se atreve a ser Cataluña, puede ser ese refugio.